

EL SUAVE ARRULLO

El cielo comienza a cubrirse de un tono plomizo y huele a tierra mojada. La casa está tan vacía y ausente de ruidos que empieza a haber eco. Suavemente chisporrotean las llamas de la chimenea y la estancia ya es más cálida. A la derecha de ésta están mis primeros libros que compré cuando era una joven apasionada de la lectura, y entre ellos está aquella agenda; pequeña, color violeta. Parece que tenga miles de hojas, pues entre ellas, a modo de marcapáginas hay multitud de recuerdos, como rosas secas de mi patio en primavera, cintas de suaves colores que usaba para anudar las trenzas de mi pequeña, y plumas, blancas y suaves plumas. Miro las anotaciones entre sonrisas, y me detengo en una de sus hojas, aquel tiempo en el que creí tener todos los inviernos dentro de mis bolsillos y toda la tristeza del mundo en mi corazón. Hasta que en primavera llegó ella, revoloteando y esparciendo todo mi mundo, mi pequeña paloma. La primera vez que la tuve en mis manos abultaba poco más que una nuez, desprovista de plumas, un pico enorme, grandes patas, incluso me atrevería a decir que hasta fea. Tenía un gran buche que debía llenarle de semillas, una a una, hasta quedar totalmente inflado. Era tal el tesón que me pasaba horas y horas con ella entre mis manos, y acabó llenando los vacíos repletos de tristeza. Volví a ser una niña, me trasladó a esa infancia de traslúcido velo con olor a lápices y caramelos; a mi niñez querida de letras, sonrojadas mejillas y cabello despeinado. Que poco valoramos ese tiempo que resulta ser tan efímero. Lo pude comprobar en ella, pues que rápido crecía. Así, como los bulbos que se entierran en otoño y florecen en abril, mi pichón pasó ser una bella paloma, tan blanca como los jazmines que mi madre al atardecer recogía aún cerrados para ponerlos sobre un lecho de húmedos algodones. Sus patas se volvieron rojas y su pico sonrosado como los labios de un niño; y así fueron pasando los días, estaciones y años. Me regaló su primer arrullo, su primer vuelo al despertar el día, y siempre volvía para posarse en mi hombro, para echarse junto a mí y acariciarme el pelo con su pico; recuerdo como si fuese ayer el

peculiar sonido de sus alas al volar y cruzar delante del sol. Me he preguntado muchas veces como un animal puede crear un fuerte vínculo con una persona y aparecer en su vida en el justo momento en que lo necesitaba. La miraba y despertaba en mí esa sensación de dulzura, calidez y amor. Somos un cuerpo, una silueta, una forma. Tenemos definido nuestro contorno; sabemos la longitud de nuestro cabello, nuestro número de pie, el dibujo de la comisura de nuestros labios, pero no imaginamos nunca como de infinitos somos por dentro, siendo capaces de albergar el sentimiento más intenso que jamás hayamos imaginado.

Le busqué una compañera, color ceniza y alas azuladas. En su cuello las plumas reflejaban colores como el verde y el fucsia. Se volvieron inseparables, pero mientras yo estuviese cerca él permanecía siempre a mi lado. Al atardecer buscaban algún rincón y se cortejaban; yo observaba aquel ritual y me sonreía. Eso me hacía pensar en los amantes jóvenes, que besaban y abrazaban rápido, creyendo que se les escapa el tiempo, y no piensan que tienen todo el del mundo. A veces hemos besado con la boca llena de mentiras y acariciado con las manos vacías. Yo a veces lo dí todo también, y corrí por caminos sembrados de esperanza, imaginando convertir ese instante en una eternidad.

Mi parejita linda se querían, y yo les envidiaba. Eran libres de amar, de volar y tener siempre las ventanas abiertas... tener libertad. Qué bello se mostraba a mis ojos, verlos queriéndose así, incondicionalmente. A medida que el tiempo pasa nuestro corazón se hace más sensible y frágil, las cicatrices son ya difíciles de curar, sabemos el valor que tiene una caricia, una mirada o un abrazo de siete segundos y todo duele más. Aunque nos hayan roto alguna vez, no debemos tener miedo a amar, a sentir empatía por lo que nos rodea, sé que a veces cansa, te agotas de dar tanto que al final quedas desnudo, pero ¿y sentir como tu corazón se expande?

Les hice un palomar, bajo el hueco de la escalera del patio, pero no por eso dejaba de estar conmigo. Cada veinte días o así preparaban su nido. Buscaban pequeñas ramitas de las plantas de mi jardín y se turnaban para cuidarlo. Eso me resultaba tan enternecedor

que me hacía recordar cuando fui madre.

El reloj sigue marcando con sus agujas las horas, pero cuando tienes a tu hijo en tu regazo y lo amamantas el tiempo parece detenerse. Lo miras, con su cálida boca en tu pecho, notas como con sus manitas te acaricia la piel y ahí descubres lo que es la felicidad: tibio amor con sabor a leche, alimento cultivado en el alma. Lo crías amorosamente, lo besas y lo arropas. A partir de entonces será tu corazón, y ese corazón caminará siempre fuera de tu cuerpo. Recordarás siempre ese aroma dulce a cereales, el peculiar olor de su cabecita, el tacto de su fino pelo y piel de melocotón. Pasarán los años y alzarán su vuelo; cada día más lejos. Has estado toda la vida preparando ese momento y un día, al igual que la niebla de un lejano noviembre se disipa al paso de las horas, lo más hermoso e inocente que has hecho en tu vida abre sus alas; y así ocurría con aquellas palomas. Sabían que nacían para ese momento, que esa era su finalidad y no sufrían. Ellos mismos empujaban a sus polluelos para que se lanzaran sin miedo al abismo de la vida. Nosotros en cambio nos arrojamos ya preparados, provistos de todo; pensamos en una meta y esa meta hay que conseguirla sí o sí. No hacemos paradas a lo largo del sendero, no disfrutamos de sus vistas ni paisajes, no sabemos ni queremos embriagarnos con el aroma de sus flores, que seguro son tan bellas. No valoramos la tierra que tenemos a nuestros pies ni al cielo que nos regala sus nubes. Vivimos deprisa, queriendo tener todo lo que se pueda tocar con las manos, sin pensar en lo que se puede tocar con el corazón. Poco a poco vamos adentrándonos en el atardecer de la vida. El cielo pasa de un azul intenso a un suave púrpura, empezamos a vivir más de los recuerdos y la nostalgia comienza a ocupar nuestros huecos vacíos. Esos momentos que tanto significaron cuando éramos jóvenes y que aún nos hacen sonreír a pesar del tiempo transcurrido, son los que realmente valen la pena conservar en la memoria y en nuestra alma. Los años, la experiencia y todo lo vivido nos van adentrando suave y lentamente en el adagio de la vida. Todos alguna vez hemos necesitado buscar un cómplice para usar nuestro corazón, y en este caso yo encontré un animal o él me encontró a mí.

El tiempo también transcurría para ellas, y aquellas mañanas en las que alzaban su vuelo y regresaban con el rocío en sus alas ya no volvieron.

Una cálida mañana de junio se fue su pareja, y algo más tarde se fue él también.

Mi paloma del alma, tan hermosa y bella, había volado para siempre.

Ahora comprendo por qué la quise tanto, podía haberse ido lejos, pero se quedó a mi lado, y en ella encontré la complicidad que, tal vez, en una persona no hubiese encontrado jamás. Vuelvo a mirar su pluma por última vez y muy despacio la guardo entre las hojas de la agenda. Llueve con fuerza y se escucha cada vez más el agudo sonido del viento.

Cruzo el salón y me dirijo a mi dormitorio, con esa sensación dulce y amarga a la vez que albergan los corazones que aman, y con la leve esperanza de que un suave y monótono arrullo me despierte en la mañana.

FIN